

Historia y comunicación social

ISSN: 1137-0734

<http://dx.doi.org/10.5209/HICS.62275>EDICIONES
COMPLUTENSE

Eiroa San Francisco, Matilde (coord.), *Historia y memoria en red. Un nuevo reto para la historiografía*, Madrid: Síntesis, 2018, 225 páginas.

El interés historiográfico por la cultura digital se ha ido acrecentando en los últimos años. Inicialmente un foco de atención se situó ante cuestiones como las posibilidades de difusión y el aprovechamiento documental que abrían los entonces nuevos soportes digitales. Aunque algunos autores avezados –Roger Chartier, por ejemplo– plantearon desde la década de los noventa reflexiones pioneras desde un enfoque derivado de la matriz de la historia cultural. Aplicando una perspectiva de interpretación larga y comparada, supo interrogarse acerca de las dimensiones de la materialidad y la relación entre texto digital y lector. Las posibilidades derivadas de la Web 2.0 y la cristalización de comunidades virtuales han generado, asimismo, conocidos estudios situados a caballo entre la sociología, la geopolítica y la historia actual. De otra parte, el creciente interés existente en el análisis histórico por las articulaciones en red, o por lo global y lo transnacional, sin duda se han visto determinados por la eclosión de las redes sociales digitales. Aunque tampoco faltan en este terreno llamadas de atención procedentes de reflexiones historiográficas que han relativizado la inmediatez radical o la aparente hiper-actualidad asignada a determinadas prácticas o procesos de presente. De hecho, la propia noción de redes sociales puede retrotraerse mucho tiempo atrás si escarbamos en su genealogía y nos interrogamos por los fenómenos de interacción, circulación, hegemonía, dependencia y subordinación, ya sea respecto a las geografías históricas del poder y sus asimetrías o en lo referido a las conexiones y los flujos de interdependencia de cualquier naturaleza. Baste citar, como muestra reciente de este tipo de consideraciones, el último trabajo traducido al castellano de Peter Burke.

Otro ámbito emergente de los últimos años –los estudios sobre memoria– ha dirigido también su atención hacia el entorno digital. En este caso puede destacarse, por ejemplo, el creciente número de monografías que está dedicando la publicación internacional más relevante en dicha área (*Memory Studies*) o las aportaciones de autores como Andrew Hoskins (uno de los coordinadores de *Digital Memory Studies. Media Past in Transition* o *Save As... Digital Memory*), Anne Reading (autora de *Gender and Memory in the Global Age*), José Van Dijk (*Mediated Memories in the Digital Age*) o Abby Smith Rumsey (*When We Are No More: How Digital Memory is shaping Our Future*), entre otros. A pesar de su proyección académica aún limitada, esta literatura ha ido formulando una nueva nomenclatura y unas nuevas hipótesis de interpretación incluso con aspiración de paradigma. Se trata de consideraciones que han atendido tanto a las coordenadas de producción, difusión y accesibilidad de los contenidos digitales como a las fenomenologías de los actos de rememoración o a la construcción de discursos y significaciones en relación con los dispositivos digitales. También se han interesado por su proyección múltiple sobre las políticas y los usos del pasado, o ante la cristalización y estrategias asumidas por las comunidades mnemónicas.

Historia y memoria en red. Un nuevo reto para la historiografía se inscribe en esa bisectriz de caminos trazada por la reflexión historiográfica, la emergencia socio-política y cultural de la memoria y la presencia de la cultura y la tecnología digital. Una tecnología que es abordada, en el conjunto del libro, no desde un punto de vista reduccionista, sino en diálogo con las categorías clásicas de tecnologías de la comunicación de Raymond Williams y del binomio tecnologías de poder y tecnologías del sujeto de Michel Foucault. Es decir, considerándola como un espacio vasto donde confluyen usos y habilidades personales, instituciones sociales, prácticas culturales, ejercicios de hegemonía y contestación, dinámicas de introspección individual y colectiva o procesos de construcción social y representación de la memoria. Apuntar todos estos vectores predestinan un enfoque de carácter interdisciplinar, que es efectivamente el asumido en el libro que reseñamos.

Este trabajo constituye un resultado del proyecto de investigación “Historia y Memoria Histórica online. Retos y oportunidades para el conocimiento del pasado en Internet” (ref. HAR-2015-63582-P MINECO). Organizado como libro colectivo, en él participan ocho autores de forma integrada. Su arquitectura interna se vertebra a partir de dos grandes áreas de atención: la reflexión historiográfica ante el entono digital, con aportaciones básicamente teóricas de Analet Pons y Sergio Gálvez. Y una sucesión articulada de diversos estudios de caso, con textos de Ángeles Egido, Francisco Sevillano, Pedro Paniagua, Encarnación Barranquero, Juan Carlos Sánchez Illán y de la coordinadora del volumen, y también responsable de su presentación, Matilde Eiroa.

Todos los capítulos evidencian un esfuerzo por hacerse eco del estado de la cuestión y por enmarcar los materiales analizados en relación con la triada establecida por el oficio historiográfico, las prácticas de memoria y la cultura digital. Su epicentro de atención se sitúa, no obstante, en España, en conexión con la historia y la memoria colectiva de la Guerra Civil y el franquismo partiendo de una doble premisa que servirá de hipótesis y guía para sus páginas: la versatilidad de la memoria, entendida como agencia y construcción explicativa del pasado que adquiere virtualidad y sentido en estricta clave de presente. Y su adaptabilidad –ni cerrada ni estanca– que ha superado los límites y constricciones de los soportes clásicos, se ha proyectado sobre los grandes medios y sus narrativas *mainstream* y ha desembocado en el contexto digital y sus condicionamientos específicos.

Aunque, por otra parte, el libro rehúye la lectura acrítica –también interesadamente simplificadora– que en ocasiones ha tildado a Internet de prístina y perfecta ágora democrática o colaborativa. Los autores no pierden de vista el trasfondo complejo que define al ecosistema mediático y digital donde se inscriben las iniciativas y representaciones de memoria. Unos productos culturales pero sobre todo políticos, y por tanto ubicados en unas coordenadas de reivindicación y resignificación polémica. La cartografía que cabe deducir de la presencia de dichos contenidos en la esfera pública y de su correspondencias –e hiatos– con las iniciativas políticas promovidas desde 1996 darían indicios muy ilustrativos de su carácter zigzagueante, del dominio de temas de discusión o de la irrupción y persistencia de disputas entre relatos oficiales y contranarrativas.

Como se ha señalado antes, Pons y Gálvez afrontan los dos capítulos más teóricos de la obra. En un primer caso proponiendo un texto que se vincula con consideraciones anteriores de su autor, uno de los mejores especialistas españoles en las relaciones entre historiografía y cultura digital. En él, entre otros aspectos, pone

el foco en los rasgos, problemas y reticencias de lo que cabría llamar la historia (y las humanidades) digitales. La aportación de Sergio Gálvez afronta, a su vez, una reflexión situada a caballo ante un doble reto para el historiador: cómo afrontar y posicionarse ante la emergencia de los procesos de recuperación y reivindicación de la memoria y cómo situarse ante el abordaje –teórico, metodológico y documental– del entorno digital como contexto, con frecuencia aparentemente inconmensurable, donde se despliegan y evidencian esos mismos procesos. Ya como aportación que sirve de gozne entre los dos bloques del libro, Matilde Eiroa revisa el debate historiográfico sobre historia y memoria en nuestro país, estudiando los perfiles distintivos y las modalidades esenciales de presencia de la Guerra Civil y la dictadura franquista en la Webesfera.

Eiroa es asimismo responsable de otro capítulo dedicado a las representaciones del pasado en las plataformas digitales YouTube y Vimeo. Ahí aborda desde las dinámicas de migración o transmediación de producciones audiovisuales a las prácticas de creación “desde abajo”, traducidas en iniciativas de participación ciudadana en la Red. Este último prisma articula igualmente el capítulo de Francisco Sevillano, donde se repasan el trasfondo de las políticas de memoria oficial, la eclosión del movimiento por la recuperación de la memoria y diversas iniciativas institucionalizadas en la Red por parte de estos colectivos durante los últimos años. La historia oral digital, sus posibles repertorios o representaciones en Internet y sus virtualidades como fuente documental componen los ejes de atención para Ángeles Egido. Su estudio asume un enfoque metodológico relativamente equiparable al sugerido en el capítulo redactado por Encarnación Barranquero donde se recogen y valoran las principales herramientas digitales disponibles para el mapeo y localización de fosas comunes.

Historia y memoria en red incluye, finalmente, dos aportaciones también de carácter sectorial y con un enfoque complementario a pesar de tocar objetos de estudio aparentemente disímiles. Pedro Panigua se aproxima al universo de Twitter para caracterizar y analizar las modalidades esenciales de presencia de la Guerra Civil y el franquismo en esa red social, una presencia radicalmente determinada por la actualidad y sometida a un ejercicio de intensa interacción polémica. Juan Carlos Sánchez Illán se sitúa, en cambio, ante el terreno de los medios periodísticos institucionalizados revisando los posicionamientos de las principales cabeceras digitales en su rol como tribunas para el debate político, y en menor medida historiográfico, sobre el pasado reciente.

El libro se presenta en su introducción como primer aporte necesariamente tentativo e incompleto. Quizá el principal riesgo al que tenga que enfrentarse es el de afrontar una inevitable actualización cercana: su objeto de estudio es fluido y cambiante, y en pocos años han podido producirse alteraciones notables asociadas a los cambios de ciclo político o a la generación de nuevos actores, repertorios y contenidos relevantes que exijan esa revisión actualizadora. En cualquier caso lo que es evidente hoy es que *Historia y memoria en red* constituye un esfuerzo de primer orden por sistematizar una información que estaba hasta ahora dispersa y, sobre todo, por enmarcarla en unos prismas de interpretación que sitúan al historiador y a la reflexión historiográfica como puntos cruciales ante la intersección entre memoria y cultura digital.

José Carlos Rueda